

## Los tecnócratas y la forja de redes tecnocráticas (o no) en las dictaduras ibéricas

 /tempoargumento

 @tempoargumento

 @tempoargumento

 **Ángeles González-Fernández**

Doctora en Historia por la Universidad de Sevilla.

Catedrática de Universidad.

Sevilla – ESPAÑA

[investigacion.us.es/sisius/sis\\_showpub.php?idpers=1882](http://investigacion.us.es/sisius/sis_showpub.php?idpers=1882)

[angon@us.es](mailto:angon@us.es)

 [orcid.org/0000-0002-1756-3956](https://orcid.org/0000-0002-1756-3956)

 <http://dx.doi.org/10.5965/2175180314352022e0111>

Recebido: 15/11/2021

Aprovado: 16/03/2022

Para citar este artículo (ABNT):

GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, Angeles. Los tecnócratas y la forja de redes tecnocráticas (o no) en las dictaduras ibéricas. *Tempo e Argumento*, Florianópolis, v. 14, n. 35, e0111, jan./abr. 2022.

## Los tecnócratas y la forja de redes tecnocráticas (o no) en las dictaduras ibéricas<sup>1</sup>

### Resumen

Este artículo examina la recepción de las teorías sobre el crecimiento y desarrollo en las dictaduras ibéricas y sus repercusiones políticas en cuanto fundamento de los proyectos reformistas de raigambre tecnocrática que pretendieron dotar de insólitas fuentes de legitimidad a los regímenes autoritarios con el fin de asegurar la preservación de sus principios substantivos. Bajo el liderazgo del portugués Marcello Caetano y del español Laureano López Rodó, la implementación de dichos proyectos fue abordada a través de la configuración de redes de amigos y colaboradores seleccionados en su condición de expertos. Estas redes congregaron a personas con sensibilidades políticas e ideológicas distintas y, pese a que contribuyeron a afianzar la posición de sus respectivos patrocinadores en el núcleo duro de poder, no compartían necesariamente sus planteamientos ideológicos y sus objetivos políticos. Esta aproximación se aborda conforme a una perspectiva comparada y transnacional, en la medida que el ejercicio comparado permitirá identificar las similitudes y diferencias entre los casos de España y Portugal, mientras que el enfoque transnacional ayudará a analizarlos en conjunto.

**Palabras clave:** Dictaduras ibéricas; tecnocracia; redes de poder.

## Technocrats and the forging of technocratic (or not) networks in Iberian dictatorships

### Abstract

This article examines the reception of theories on growth and development in Iberian dictatorships and their political repercussions as the basis of reformist projects of a technocratic tradition that sought to provide unusual sources of legitimacy to authoritarian regimes in order to ensure the preservation of their substantive principles. Under the leadership of the Portuguese man Marcello Caetano and the Spanish man Laureano López Rodó, the implementation of these projects has been addressed through the lens of networks of friends and collaborators selected as experts. These networks brought together people of various political and ideological sensitivities and, although they have helped to strengthen the position of their respective sponsors in hard core power, they did not necessarily share ideological views and political purposes. This is addressed from a comparative and transnational perspective, to the extent that the comparative exercise allows us to identify the similarities and differences between the cases in Spain and Portugal, while the transnational focus helps us to analyze them altogether.

**Keywords:** Iberian dictatorships; technocracy; power networks.

<sup>1</sup> Este trabajo se inserta dentro del proyecto de investigación “Construir democracias. Actores y narrativas en los procesos de modernización y cambio en la península ibérica, 1959-2008”.

## Introducción

El crecimiento económico y, más en concreto, los factores que lo propician suscitaron, mediada la pasada centuria, un formidable interés en los círculos académicos occidentales. El debate, con un claro trasfondo político e ideológico, venía a incidir en una incógnita un objeto de discusión desde los albores de la contemporaneidad: el origen de la riqueza y pobreza de las naciones. Pese a ser una cuestión añeja, ahora, en la inmediata posguerra, en un contexto gobernado por la eclosión de un sistema de relaciones internacionales bipolar y el proceso descolonizador, cobró renovada actualidad y, también, insólitos enfoques y argumentos. Las innovaciones, no obstante, tenían un acusado carácter reactivo; dicho de otro modo, se trataba de ofrecer recetas eficaces que evitaran la repetición de un pasado ominoso, jalonado por la prolongada depresión de los años 1930, el ascenso de los fascismos y la guerra mundial, y que, contrarrestando el modelo alternativo propuesto por la Unión Soviética, proporcionaran a los nuevos Estados las fórmulas adecuadas –siempre desde la perspectiva occidental– para iniciar un proceso de crecimiento económico sostenido alejado de posibles derivas radicales e incluso revolucionarias (PINTO, 1956; JIMÉNEZ BLANCO, 1962; MARTÍN GARCÍA, 2015). Así pues, el binomio *crecimiento y desarrollo* operó como uno de los ejes prioritarios en torno a los que pivotó el interés de los científicos sociales, así como de la diplomacia occidental, o por mejor decir estadounidense, hasta derivar en el nacimiento de ámbitos específicos de estudios como la Economía del Desarrollo y la Sociología del Desarrollo<sup>2</sup>.

Dicho interés, y las teorías subsiguientes, tuvieron una notable incidencia no sólo en las agendas gubernamentales de Estados Unidos (EE. UU.) y en los llamados *países subdesarrollados*; operaron igualmente como herramientas de prescripción en la elaboración de las políticas públicas en aquellos otros que, catalogados “en vías de desarrollo” como España y Portugal, ambicionaban su homologación en términos económicos y de prosperidad con los estándares occidentales (JIMÉNEZ BLANCO, 1962; NUNES, 1963; VILAR, 1964). A dicha influencia vino a añadirse el impacto de los avances logrados en el ámbito de las

---

<sup>2</sup> La confluencia de sociólogos y economistas sobre la temática fructificó además en la aparición de la Socioeconomía del Desarrollo.

ciencias administrativas, más en concreto de la teoría de la gestión científica de la Administración Pública, que los administrativistas ibéricos, en particular Marcello Caetano y Laureano López Rodó en su calidad de catedráticos de Derecho Administrativo, pudieron conocer en virtud de su participación en los congresos internacionales de Ciencias Administrativas o bien a través de la difusión de las principales aportaciones realizadas en publicaciones especializadas (VILLALBA, 1994; AZEVEDO, 2018).

Las páginas que siguen examinan la recepción de dichas teorías y sus repercusiones políticas en unos Estados, los ibéricos, que en el transcurso de los años 1950 se abrieron parcial y cautamente al exterior. En consonancia con dichos objetivos se examinan los motivos y cauces que facilitaron su temprana difusión, su impacto en los círculos académicos y su plasmación en la escena política. Una proyección que necesariamente hubo de encauzarse dentro de los márgenes ideológicos que gobernaban ambas dictaduras y que, en buena parte, fue implementada por una generación de jóvenes universitarios, básicamente, aunque no sólo, economistas, ingenieros y licenciados en derecho. Conocedores de las corrientes intelectuales y científicas que circulaban en Occidente y, en algunos casos vinculados a organismos y empresas internacionales, atesoraban experiencia de gestión en el desempeño de altos puestos en la Administración Pública y en las grandes empresas privadas, cualidades que los convirtieron en cantera de cuadros para ambos regímenes.

La naturaleza y los objetivos de los proyectos de renovación tecnocrática, autoritaria, de las dictaduras ibéricas ya han sido abordados en investigaciones anteriores con el propósito de subrayar los notables paralelismos, también las discrepancias, que pueden detectarse entre ambos (GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, 2016a, 2016b, 2018). En las páginas que siguen se pretende examinar la configuración de las plataformas políticas de apoyo y colaboración que llevaron a cabo los abanderados de dichos proyectos, los ya mencionados Marcello Caetano y Laureano López Rodó, respectivamente, para poner en práctica unos programas reformistas que quedaron constreñidos a la modernización y racionalización de las estructuras económicas y administrativas de las dictaduras más longevas de Europa. Dicha aproximación se abordará conforme a una

perspectiva comparada y transnacional, en la medida que el ejercicio comparado permitirá identificar las similitudes y diferencias entre los casos de España y Portugal, mientras que el enfoque transnacional ayudará a analizarlos en conjunto.

## Recepción y usos de las teorías sobre el crecimiento y desarrollo

Principiada la década de 1940, en curso todavía la contienda mundial, los planteamientos keynesianos comenzaron a circular en determinados circuitos académicos peninsulares. Su difusión, más temprana y completa en España que en el país vecino (BASTIEN, 1984; ALMENAR PALAU, 1999)<sup>3</sup> no tuvo por entonces incidencia alguna en las políticas económicas de ambos regímenes, orientadas por planteamientos corporativistas y autárquicos. No obstante, su circulación supuso un revulsivo en el conocimiento y la enseñanza de las ciencias económicas y, ya en los años 1950, sin que por ello se abandonara la retórica corporativista en el discurso oficial, sentaría las bases para el diseño y la ejecución de políticas planificadoras. Precisamente en esta década, las diferentes teorías acerca del crecimiento y desarrollo gozaron de un notable predicamento entre sociólogos y economistas lusos y españoles que conocieron directamente, o a través de traducciones publicadas en revistas especializadas, las aportaciones más relevantes<sup>4</sup>. El interés, por otro lado, no se circunscribió, al menos en Portugal, al medio académico como corroboraron las actividades de divulgación organizadas en aquellos años por la Associação Industrial Portuguesa (AIP) y el sindicato de los comercialistas.

A finales de la década, y especialmente durante los largos años 1960, la difusión de los nuevos postulados se desarrolló conforme a procedimientos

<sup>3</sup> Pese a que destacados economistas conocieran las aportaciones de John Keynes con anterioridad a la guerra Civil, su *Teoría general* sólo fue publicada en España en 1943, el mismo año en que resúmenes de sus postulados fueron recogidos en textos académicos lusos, si bien habría que esperar a la siguiente década para que su difusión cobrara fuerza en el país vecino. La primera traducción al portugués de *Teoría general* vio la luz en Brasil en 1964.

<sup>4</sup> En el caso de España, la *Revista de Economía Política* y, en menor medida, la revista *De Economía*; las revistas lusas *Revista de Economía* y, posteriormente, *Análise Social*, creadas en el seno del Instituto Superior de Ciências Económicas e Financeiras (ISCEF), tuvieron entre sus cometidos la difusión de investigaciones de especialistas franceses y británicos sobre economía y sociología del desarrollo.

diferentes en los dos países. En España, se verificó a través de la traducción de los textos de autores diversos, si bien dichas traslaciones generalmente tuvieron lugar en México y, posteriormente, fueron difundidas en España. La editorial Fondo de Cultura Económica, por ejemplo, tradujo libros de G. Myrdal en 1956 y 1958, así como de W. A. Lewis (1958)<sup>5</sup> y de W. W. Rostow. Bien es verdad que la obra de este último, traducida como *Las etapas del crecimiento económico* (ROSTOW, 1967), fue publicada siete años después de su aparición, pero círculos especializados pudieron conocer aspectos fundamentales de sus tesis a partir de 1959, a través de la traducción de trabajos y la publicación de la controversia que mantuvo con el economista británico Peter Wiles<sup>6</sup>. Su libro, finalmente, fue publicado en España en 1972 con prólogo del entonces Ministro-Comisario del Plan de Desarrollo, López Rodó, convirtiendo a su autor en “apóstol de las etapas de crecimiento económico” y a su obra en libro de cabecera “para la burguesía ilustrada” (PÁNIKER, 1988, p. 152). Los especialistas lusos, en cambio, procedieron a sistematizar en lengua portuguesa las principales aportaciones teóricas y mostrar su aplicabilidad a la realidad económica del país (PINTO, 1956; MOURA; PINTO, 1958).

Todos estos trabajos tuvieron un impacto inmediato en la academia, aunque no todos los académicos recibieron con agrado los novedosos planteamientos. El economista y falangista Juan Velarde Fuertes (1962), por ejemplo, rebatió con argumentos políticos y escasamente científicos las interpretaciones de matriz marxista<sup>7</sup>; en otros casos, su transmisión –como sucedió con los elaborados por la escuela cepalina en Portugal– quedó

<sup>5</sup> En el caso de Myrdal, *Solidaridad o desintegración y Teoría económica y regiones subdesarrolladas* en el primer caso; En el de Lewis, *Teoría del desarrollo económico*. Las obras de Myrdal fueron citadas por el economista José Giménez Mellado (1963), socio de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas y consejero nacional de la misma en 1966.

<sup>6</sup> La primera traducción fue realizada por el economista y catedrático Javier Irastorza, jefe del Gabinete de Estudios de la Comisaría del Plan de Desarrollo y secretario general de la misma. Sobre el debate entre Wiles y Rostow, “Peter Wiles responde a Rostow”, *Información Comercial Española, ICE: Revista de Economía*, Madrid, n 319, 1960, p. 91-94 y “Rostow replica a Peter Wiles”, *Ibidem*, p. 97-98. Sobre el debate entre Wiles y Rostow, “Peter Wiles responde a Rostow”, *Información Comercial Española, ICE: Revista de Economía*, Madrid, n 319, 1960, p. 91-94 y “Rostow replica a Peter Wiles”, *Ibidem*, p. 97-98.

<sup>7</sup> Velarde Fuentes (1962, 28) concluyó que las tesis de Paul Baran no eran pertinentes para analizar el caso español porque “el gran capitalismo es incapaz de controlar a alguno de los más altos magistrados de la Nación”. Cabe subrayar que la *Revista de Economía* estuvo vinculada desde 1948 hasta su suspensión en 1964 a los círculos opositores al Estado Novo.

restringida, por razones teóricas o bien por presiones políticas, a los postulados menos radicales y problemáticos (BASTIEN, 1992). No ocurrió lo mismo con los sustentados en la teoría de la modernización, que operaron por lo general como el marco teórico de referencia en el análisis sobre las causas del atraso de España y Portugal, así como de sus posibilidades de crecimiento económico y desarrollo (GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, 2018, p. 238-239). Cuestiones estas que, ampliamente discutidas y publicitadas en el tránsito del 1800 al 1900, habían permanecido silenciadas durante las décadas iniciales de ambas dictaduras para reactivarse con fuerza en la década de 1950.

El debate, en el período que nos ocupa, se sostenía sobre la asunción un tanto acrítica de algunas de las contribuciones que más se acomodaban –a juicio de sus valedores– a la realidad económica de Portugal y España, en la medida que recogían, y ofrecían soluciones, a las debilidades y deficiencias causantes del atraso tanto como a la naturaleza dictatorial de los regímenes. Algún autor hubo que, por ejemplo, trasladó a la esfera doméstica la teoría de la dependencia (VIÑAS MEY, 1963) como causa explicativa de la existencia de una estructura económica dual, pero el planteamiento más común bebía de los planteamientos de la teoría de la modernización (GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, 2018). Esto es, la presencia de territorios y sectores modernos junto a otros primitivos, arcaicos, se atribuía no tanto a la escasez de recursos materiales cuanto a la conjunción de una serie de elementos socioculturales vinculados, en esencia, aunque no sólo, a la idiosincrasia nacional: “el desarrollo económico es el resultado del esfuerzo de cada sociedad para desarrollarse. La naturaleza y la intensidad de ese esfuerzo dependen, sin embargo, de las condiciones de estructura, de cultura y de organización de la sociedad” (NUNES, 1963, p. 375)<sup>8</sup>.

El despliegue de esas condiciones, el inicio de un proceso de *take-off*, en suma, demandaba una serie de cambios profundos que afectaban esencialmente, aunque no sólo, al sistema de valores y pautas de comportamiento de españoles y portugueses de tal forma que indujeran en la población principios supuestamente ajenos a las culturas ibéricas, como una mayor propensión al ahorro y a la inversión, espíritu de iniciativa y

<sup>8</sup> En el mismo sentido, véase Viñas Mey (1963) y Nunes (1964).

emprendimiento, una benéfica valoración del riesgo y de la innovación tecnológica, entre otros. Una dinámica de transformación integral en la que se atribuía al Estado y a unas elites nuevas, modernas, una función esencial. Así pues, una de las primeras tareas que debía asumir el Estado estribaba en la formación de elites capacitadas para desenvolverse en el novedoso entorno científico-tecnológico, capaces de implementar procesos de liberalización económica y una profunda reforma de la Administración Pública conforme a criterios de racionalidad y eficiencia, en una dinámica que se fundamentó, y fue estimulada, por la afirmación en los circuitos internacionales de la tecnocracia y de los tecnócratas.

Como es sabido, el término tecnocracia, unido de forma inextricable – como manifestó la parábola saint-simoniana– al naciente mundo industrial y a las profundas transformaciones que implicaba para el ordenamiento de la sociedad, adquirió carta de naturaleza durante el período de entreguerras. Fruto de los avances científicos y técnicos alcanzados en los decenios anteriores tanto como de la insatisfacción y descrédito generados por las disfunciones de la economía capitalista y del parlamentarismo liberal, la tecnocracia, un sistema de gobierno en el que los recursos económicos y, en consecuencia, todo el sistema social sería controlado por científicos y técnicos, operó como fórmula alternativa que, sustentada en la aplicación de principios racionales y por ello mismo impersonales, garantizaría la eficiencia del Estado y el equilibrio social. Conforme a esta sintética definición, la tecnocracia postula un Estado política y socialmente neutro y es indiferente a la ideología. Esto es, pueden existir sistemas tecnocráticos o, al menos, pautas de gobernanza tecnocráticas tales como el culto a la eficiencia, a la competencia profesional de los técnicos y al progreso tecnológico en regímenes políticos de izquierdas y de derechas (ARMYTAGE, 1970; GARCÍA-PELAYO, 1974).

Tales conceptos y sus implicaciones para el correcto desempeño de la democracia habían suscitado una agitada controversia a uno y otro lado del Atlántico en el transcurso de los años 1950 y 1960 (MEYNAUD, 1957, 1964). Surgida al socaire de las profundas transformaciones en la psicología colectiva y en el papel del Estado en las democracias occidentales de la segunda posguerra, la

polémica ponía el acento en el profundo y extendido desencanto hacia las ideologías, así como en el acuerdo básico entre los principales partidos políticos, conservadores y socialistas, sobre los fundamentos que habían de sostener la mejor forma de gobierno: la democracia representativa, la economía mixta y la legislación social (ARON, 1960; LIPSET, 1960). La excelencia de un determinado régimen sociopolítico, en consecuencia, no residía en la bondad de sus supuestos ideológicos, dado que la frontera entre izquierdas y derechas, entre capitalismo y socialismo, se había diluido en una suerte de compromiso que tomaba elementos de uno y otro, sino en su eficacia a la hora de garantizar derechos políticos y, sobre todo y muy especialmente, derechos sociales a la ciudadanía. Dicho de otra forma, la excelencia se hallaba en función de aquellos que, por sus conocimientos y su competencia profesional, estaban llamados a gestionar eficazmente las inéditas y múltiples responsabilidades del Estado benefactor. El protagonismo de los técnicos asentó, en suma, un proceso de tecnificación de la política o, dicho de otra manera, de despolitización de la política, corolario lógico del declive, de la superación o, conforme a las tesis de Daniel Bell (1964), del fin de las ideologías, así como de la construcción de un nuevo orden. Un orden que, ajeno a los imperativos ideológicos y a las luchas partidarias, también sería ajeno a la tensión y al conflicto en la medida que integraba, además, a grupos y organizaciones especializados en la representación de los distintos intereses presentes en la sociedad.

En esos términos, en los que se conjugaba el rechazo a la democracia liberal como sistema caduco y superado con la exaltación de la ciencia y la técnica, los tecnócratas irrumpieron –si bien con desigual fortaleza– en la vida política de unas dictaduras, las ibéricas cuyos supuestos ideológicos se sostenían, entre otros pilares, sobre la denuncia de la política y de los “políticos profesionales”, individuos que, movidos por ideologías ajenas a los principios y valores definitorios del alma auténtica de los pueblos peninsulares –ya fueran estas de matriz revolucionaria o simplemente liberal– habían puesto en riesgo la integridad e independencia de la patria. En consonancia, de la sustitución de políticos por técnicos, en tanto expertos capacitados para resolver los complejos problemas de las modernas sociedades industriales, resultó la respuesta idónea

a los diversos y múltiples problemas que aquejaban a las dictaduras para aquellos que, como Caetano y López Rodó, aceptaban sin ambages la legitimidad de origen de los regímenes autoritarios, pero, conscientes de la pérdida de su credibilidad entre las jóvenes generaciones, pretendían aportar savia nueva al viejo tronco. Savia vivificadora, capaz de aportar a los respectivos regímenes un sostén más acorde al contexto internacional, a las necesidades y anhelos de la sociedad, en particular de esa juventud descreída llamada a conducir el futuro y que, al mismo tiempo, propiciara la preservación de los fundamentos básicos de las dictaduras, sintetizables en la exaltación del orden y de la paz social<sup>9</sup>.

Ese sostén necesariamente había de provenir de un concepto, *modernización*, que había atravesado la contemporaneidad de los Estados ibéricos como motivo recurrente de esperanzado optimismo en unos y de recelos y hostilidad en otros y que, por ello mismo, debía compatibilizarse con el respeto a la tradición. El debate, por tanto, no implicaba una confrontación entre los distintos grupos y sensibilidades con influencia política que cohabitaban en las dictaduras, puesto que todas defendían la continuidad del régimen autoritario. La discusión, no obstante, tenía repercusiones directas en la praxis política que ocasionaron desavenencias y conflictos entre las elites. En el caso de España, la cuestión que dominó el escenario político del franquismo a partir de 1957 estribaba en cuál de los grupos –familias en la terminología acuñada por el sociólogo Amando de Miguel (1972)– asumiría el diseño y la ejecución de las políticas económicas, asunto bajo el que subyacía el problema primordial – quiénes asumirían el control sobre las instituciones y, por tanto, sobre el poder: el movimiento-organización, eufemismo tras el que subyacía Falange y los falangistas; o el Estado, encabezado por una monarquía autoritaria de tipo tradicional, para los llamados tecnócratas (SESMA LANDRÍN, 2009)<sup>10</sup>. El eje de fractura en Portugal asumió componentes distintos debido a los peculiares supuestos ideológicos e intereses económicos en liza: los tradicionalistas/ultramarinistas, defensores del Imperio como rasgo definitorio de la Nación portuguesa, y los reformadores, también conocidos como

<sup>9</sup> Sobre el *ethos* tecnocrático en Caetano y López Rodó, véase González-Fernández (2018).

<sup>10</sup> Cabe subrayar, no obstante, que la rivalidad no fue óbice para la colaboración entre falangistas y tecnócratas, por ejemplo, en los trabajos preparatorios para la elaboración del Plan de Estabilización de 1959.

liberal/europeístas, que postulaban planteamientos neocoloniales y un acercamiento a la Europa Occidental (PASSOS, 1991). Diferentes fueron también los tiempos en que eclosionó el disenso. La cohesión y fortaleza política de los tradicionalistas lusos (elementos de la burocracia, altos mandos del ejército y de la jerarquía eclesiástica, así como miembros de las grandes corporaciones económicas con intereses en las colonias) pospuso el conflicto hasta el otoño de 1968, cuando el accidente vascular de Salazar abrió una ventana de oportunidades para que Caetano y, con él los reformadores, accedieran a puestos de poder.

### Los tecnócratas y la forja de redes tecnocráticas (o no)

Los proyectos de reforma que ambicionaban Caetano y López Rodó requerían, como ya ha sido dicho, de la inexcusable colaboración de expertos conocedores de los avances científicos y técnicos y habituados, igualmente, a la nueva jerga de la Administración científica para su implementación. Como sostuvo un conocido periodista español, en afortunado párrafo que puede hacerse extensivo a Portugal:

Ya no hay dogmas intramuros del régimen y por eso los políticos dogmáticos por retóricos están de baja [...] Aparecen los solucionadores, los gerentes, los muchachos que se han hecho estos últimos años en las universidades, principalmente en las Facultades de Ciencias Económicas, en los bancos, en las grandes empresas y en las zonas técnicas de la Administración pública (ROMERO, 1970, p. 13-14).

Dicha exigencia, unida a la conveniencia de disponer de plataformas políticas de apoyo, explica el especial empeño que ambos pusieron en la creación de una amplia y diversificada red de amigos políticos, partidarios y colaboradores cimentada en sus contactos personales, políticos y profesionales. Para su desarrollo dispusieron de una posición ventajosa, la derivada de su condición de docentes universitarios<sup>11</sup>, que les permitió un conocimiento directo de los sentimientos y las expectativas de las jóvenes generaciones en relación con el

<sup>11</sup> Caetano desempeñó la Cátedra de Derecho Administrativo en la Universidad de Lisboa, de la que llegó a ser Rector. López Rodó ocupó cátedra similar en la Universidad de Santiago de Compostela, hasta su traslado a la de Madrid en 1961.

régimen y la oportunidad de mantener una relación, que era al mismo tiempo cercana y jerárquica, con estudiantes brillantes e inquietos, algunos de los cuales, especialmente en el caso de Caetano, acabarían siendo sus discípulos (CASTILHO, 2010).

El sucesivo desempeño de diversos puestos políticos y el contacto con cuatros altos y medios de la Administración Pública influyó, igualmente, en una dinámica creativa que, por demás, no fue exclusiva a nuestros dos protagonistas. La existencia de redes de patronazgo y clientelismo constituía, en realidad, uno de los rasgos tradicionales de la cultura política de las sociedades peninsulares que las dictaduras no quebraron y que, bien al contrario, se desplegaron con los mismos, o nuevos, actores.

A efectos del ejercicio comparado, conviene tener en cuenta dos elementos de no menor relevancia. En primer lugar, las plataformas de amigos y partidarios moldeadas por Caetano y López Rodó no conformaron un grupo compacto y cohesionado; bien al contrario, cohabitaban en su seno individuos con intereses y expectativas diferentes, así como planteamientos ideológicos distintos – los había tecnócratas, pero también los había liberales y católicos que defendían objetivos políticos igualmente diversos: para unos, el horizonte ineluctable no era otro que una liberalización completa que homologara a los Estados ibéricos con las democracias de la Europa Occidental en la que ambicionaban integrarse; para otros, entre los que se encontraban los respectivos patronos de la red, el *limes* infranqueable se hallaba precisamente en una liberalización política que irremisiblemente –tal era su opinión– llevaría a Portugal y a España a la autodestrucción. En segundo lugar, la fragua de dichas redes se desarrolló en tiempos y conforme a procedimientos distintos, corolario inevitable de la presencia de rasgos específicos que singularizaron ambos regímenes y a la distinta posición que ocuparon, en su seno, Caetano y López Rodó, cuyas carreras describieron trayectorias diferentes para, finalmente, converger al menos parcialmente en el período 1968-1973<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> La carrera política de López Rodó se desarrolló en su mayor parte en los años del ostracismo político de Caetano (1958-1968). En el momento de su designación como Presidente del Consejo de Ministros de Portugal, López Rodó era Ministro-Comisario del Plan de Desarrollo, aunque a

La urdimbre de la red marcelista, que llegaría a operar como una suerte de “partido informal” (ROSAS, 1999), principió mediada la década de 1930, cuando, en su calidad de dirigente de Mocidade Portuguesa, de la que llegó a ser Comisario Nacional, pudo reclutar a buena parte de los seguidores y amigos que luego le acompañaron durante toda su carrera política<sup>13</sup>. La tarea constructiva prosiguió en los años siguientes, favorecida por el desempeño de diversos cargos institucionales y políticos<sup>14</sup>, que proyectaron su figura a nivel nacional, así como por sus diatribas públicas contra las políticas inmovilistas de Salazar. Su creciente prestigio y popularidad entre los militantes, sobre todo los más jóvenes, del partido único, União Nacional (UN), unido al apoyo de discípulos, amigos y partidarios, transfiguró a Caetano en líder de una corriente reformista dentro del régimen y supuesto delfín del dictador. Una posición que, sin embargo, indujo abiertas suspicacias en otros sectores políticos, desde los monárquicos a los salazaristas ortodoxos, e incluso en el propio Salazar (SOARES, 2009; CASTILHO, 2010).

El delfinato pareció confirmarse en 1955, con el nombramiento de Caetano como ministro de la Presidencia<sup>15</sup>, una ventana de oportunidades que aprovechó para situar a sus partidarios en el Ejecutivo y para, a través de sus amigos, incluir a otros en las listas de la UN para la Asamblea Nacional, de forma que pudo disponer de una amplia red formada por diputados, gobernadores civiles y presidentes de cámaras municipales<sup>16</sup>. La percepción de un gobierno elegido por el flamante ministro (REBELO DE SOUSA, 1999) no ha de ocultar, sin embargo, la presencia en el gabinete de declarados adversarios suyos y, sobre todo, el hecho

---

partir de junio de 1973 ostentó la cartera de Asuntos Exteriores hasta el mes de diciembre en que el asesinato de su valedor, almirante Carrero Blanco, puso fin a su presencia en el Ejecutivo.

<sup>13</sup> Tales como Baltazar Rebelo de Sousa o Daniel Maria Vieira Barbosa. Este último, recomendado por Caetano, desempeñó la cartera de Economía (1947-1948) y, posteriormente la de Industria y Energía, en el que sería el último gobierno del Estado Novo.

<sup>14</sup> Ministro de las Colonias (1944-1947), Presidente de la Comisión Ejecutiva de UN (1947-1949) y Presidente de la Câmara Corporativa (1949-1955), además de otros puestos como los de vocal de la Comisión Central de UN, miembro vitalicio del Consejo de Estado y Vicepresidente del Consejo Ultramarino.

<sup>15</sup> Su designación –que contó con el respaldo del Presidente de la República– era, en realidad, una maniobra de Salazar para neutralizar su figura (A. F. NOGUEIRA, 1980).

<sup>16</sup> Entre ellos, los ministros de Educación, Economía, Corporaciones y Previsión Social, que vinieron a sumarse a algunos de sus amigos políticos que ya ocupaban las carteras de Asuntos Exteriores, Ultramar, Interior, Obras Públicas y Economía. Pudo, igualmente, nombrar a miembros de su círculo en las subsecretarías de Educación y Asistencia Social y, a través de otros, ejerció una influencia determinante en la UN.

de que ostentaba un ministerio vaciado de competencias efectivas y bajo el rígido control de Salazar (CAETANO, 1977). Pese a la profunda desconfianza del dictador, siempre receloso del espíritu crítico y ambicioso de su delfín, Caetano tuvo un destacado protagonismo en el diseño de políticas modernizadoras en el ámbito económico y de la Administración Pública.

Al amparo de su ministerio, al que incumbía la elaboración del II Plan de Fomento (1958-1964), incorporó planteamientos y directrices insólitos que publicitaría en 1957, durante el transcurso del II Congresso dos Industriais e Economistas. Sus propuestas acerca de una mayor apertura a los mercados internacionales, incluida la aproximación a la Comunidad Económica Europea (CEE), y de compatibilizar la intervención del Estado como promotor de la industrialización, con una activa participación de la iniciativa privada mediante el diálogo entre ambos actores, así como su llamado al concurso de “nuevas generaciones de investigadores y de técnicos impulsados por entusiasmo constructivo” irritó a Salazar y a los salazaristas, tanto como ilusionó a sus partidarios y a esos jóvenes a los que apelaba para construir el Portugal del futuro (CAETANO, 1959; CASTILHO, 2010). La irritación no carecía de lógica, puesto que el discurso de Caetano constituía, en puridad, una ruptura con el arcaizante sistema de valores subyacente al proyecto político del salazarismo para promover un ambicioso, aunque limitado, programa de reformas de índole económica y administrativa. Salazar actuó en consecuencia y, en agosto de 1958, destituyó a Caetano en una remodelación del gobierno que alcanzó a la mayor parte de sus amigos (LEITÃO, 2014)<sup>17</sup>.

Pese a su postergación política, la aureola de Caetano como líder de una corriente crítica y reformista del salazarismo (VIEGAS, 1996; REBELO DE SOUSA, 1999) no sufrió merma significativa. Bien al contrario, cultivó la cohesión de sus amigos y antiguos alumnos a los que congregaba en encuentros informales, al mismo tiempo que procuraba aumentar el número de sus partidarios entre aquellos, civiles y militares que, aun siendo defensores del régimen, abogaban por la sustitución de Salazar. Paralelamente, pudo engrosar el contingente juvenil,

---

<sup>17</sup> Únicamente Francisco de Paula Pinto Leite, Ministro de Economía, y Baltazar Rebelo de Sousa, subsecretario del ministerio, permanecieron en sus puestos.

en virtud de su prestigio académico y gracias a su hijo Miguel, que le facilitó el contacto con jóvenes universitarios recién arribados a la vida profesional, como el ingeniero Rogério Martins, el economista João Salgueiro, o el licenciado en Medicina Joaquim Silva Pinto. Muchos de estos jóvenes, tachados de izquierdistas por el régimen a causa de su inquietud social y política, pertenecían –o habían pertenecido– a Acción Católica, pero el pegamento que los unía no estribaba en su catolicismo, sino en el liderazgo de un hombre, Caetano, que paradójicamente había perdido la suya (SOARES, 2009) en la confianza de que abanderaría, llegado el momento, el proyecto de modernización y la europeización de Portugal que todos anhelaban. El grupo de Choupana, así llamado por el restaurante en el que solían reunirse periódicamente, constituyó el núcleo esencial de la red marcelista, un círculo que maridaba a veteranos que habían desempeñado cargos diversos en el régimen hasta jóvenes que carecían de experiencia política, pero acumulaban una valiosa trayectoria profesional y técnica en la empresa privada, en la Administración Pública, o en ambas, si bien la sintonía, y el grado de confianza de Caetano con los más veteranos era, lógicamente superior.

Tras una prolongada travesía de diez años, el momento llegó en 1968 cuando la imprevista incapacidad de Salazar forzó la precipitada búsqueda de un sucesor en la presidencia del Consejo de Ministros. Pese a los recelos que despertaba entre sus adversarios políticos, Caetano emergió como la figura más adecuada frente a otros posibles candidatos y, gracias al apoyo de sus amigos y partidarios, alguno de los cuales gozaba de cierta influencia cerca del Presidente de la República (CASTILHO, 2010)<sup>18</sup>. La composición de su primer gabinete, una suerte de Ejecutivo de transición, obedeció a razones de prudencia, de manera que mantuvo a algunos de los ministros nombrados por Salazar, entre los que se encontraban declarados adversarios suyos, como Alberto Franco Nogueira y otros que, habituales en las tertulias de Choupana, formaban parte de su red de amigos políticos como el economista João Días Rosas en Hacienda y el abogado Joaquim da Silva Cunha en Ultramar. El desembarco de los marcelistas en el Ejecutivo se produjo, en realidad, en su segundo gobierno (marzo de 1969), del

---

<sup>18</sup> Cesar Moreira Batista, abogado y profesor de Economía y uno de los asiduos a Choupana, tuvo, al parecer y dada su proximidad al Presidente de la República, cierta influencia en la designación de Caetano como jefe de gobierno en 1968.

que formaba parte la plana mayor del grupo de Choupana, a los que se unieron –en calidad de secretarios y subsecretarios de Estado– miembros de ese grupo de jóvenes profesionales y técnicos, en algunos casos de filiación católica y, en otros, liberal (REBELO DE SOUSA, 1999) que, como el ingeniero Rogério Martins, se autodefinieron “tecnócratas”<sup>19</sup>.

El desembarco se hizo extensivo, por demás, al partido único, ahora nombrado Acción Nacional Popular, que pasó a estar liderado por uno de sus amigos, y, al menos de manera parcial, al conjunto de las instituciones del Estado Novo en una tarea para la que contó con el apoyo y concurso de otros colectivos que, expectantes, aguardaban el despliegue de un proceso de liberalización y europeización bajo su liderazgo. Entre ellos descollaron intelectuales, cuadros altos y medios de la Administración y profesionales liberales de las clases medias urbanas que participaron, convocados para ello por Caetano y en calidad de independientes, en las elecciones para la Asamblea Nacional en la que acabaron agrupados con la denominación Ala Liberal (T. FERNANDES, 2006). Otros jóvenes, en cambio, entre los que se incluía su hijo Miguel, acordaron organizarse en 1970 como Asociación para el Desarrollo Económico y Social (SEDES), cuyos referentes ideológicos cubrían un amplio espectro que iba desde el liberalismo hasta el marxismo, pasando por la socialdemocracia (MENDES, 2013)<sup>20</sup>. Caetano, por último, también contó con el apoyo de miembros pertenecientes a los círculos de la alta burguesía industrial y financiera que, como los propietarios de la Companhia União Fabril (CUF), amigos personales de Caetano, habían apostado por los mercados europeos y percibían el salazarismo como un lastre para sus negocios (F. S. FERNANDES, 2018)<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> El ingeniero agrónomo Vasco Leonidas (Agricultura), Rogério Martins, los economistas Valentim Xavier Pintado (Comercio) y João Salgueiro (Planificación Económica) y el abogado Joaquim Silva Pinto (Obras Públicas) entre otros. “Aguardo sus órdenes, señor presidente, si conviene [...] una visita oficial o no, ahora que esta parece conseguida, ya es asunto sobre el que un pobre ‘tecnócrata’ como yo no puede pronunciarse” (San Pedro, 13 de agosto de 1969. Archivo Marcello Caetano. Archivo Nacional Torre do Tombo). Es de reseñar igualmente que la renovación, siempre parcial, del personal político alcanzó al partido único y a la práctica totalidad de las instituciones del Estado Novo.

<sup>20</sup> Cabe reseñar que algunos miembros fundadores de SEDES eran, a su vez, integrantes del Ala Liberal como José Pedro Pinto Leite y Joaquim Magalhaes Mota; otros, en cambio, eran tecnócratas como João Salgueiro y Rogério Martins.

<sup>21</sup> Otros empresarios o grupos empresariales, más orientados en los mercados ultramarinos o

Paradójicamente, el proyecto reformista que, limitado al ámbito de la modernización económica y de la Administración Pública, postulaba Caetano había comenzado en España dos años antes de su apartamiento de la escena política activa lusa. No fue, como en el país vecino, resultado del liderazgo de un único dirigente, en este caso de Laureano López Rodó, también catedrático de Derecho Administrativo y amigo personal de Caetano. Bien al contrario, ha de entenderse como resultado de la iniciativa de individuos y círculos liberales, tecnocráticos e incluso falangistas, alarmados ante la elevada probabilidad de un colapso económico del régimen mediada la década de 1950. No obstante, fue López Rodó quien acabaría capitalizando en provecho propio y de sus objetivos ideológicos y políticos –similares por otro lado a los de su amigo portugués–, los réditos de la dinámica reformista que principió a partir de 1957 y tuvo su pistoletazo de salida dos años después, con la aprobación del Plan de Estabilización. Para entonces, López Rodó había conseguido penetrar en el núcleo duro del poder con el aval, primero, del Ministro de Justicia, el tradicionalista Antonio Iturmendi, y luego, del ministro subsecretario de la Presidencia, almirante Carrero Blanco. Su carrera política, de hecho, se desplegó gracias a su sintonía, personal y política, con el militar, más franquista que el propio Franco y, como tal, considerado *alter ego* del dictador (TUSELL; GARCÍA QUEIPO DE LLANO, 1993).

Su nombramiento como secretario general técnico de la Presidencia de gobierno, en 1956, fue el primer paso de una meteórica carrera que le permitiría ejercer el *leading role* en la escena política del franquismo de los años 1960. La rapidez de su ascenso debió mucho al hecho de que, a diferencia de Caetano, sus propósitos reformistas no cuestionaban el poder personal de Franco y, menos aún, ambicionaba –monárquico como era– sucederle, si bien cabe resaltar otros dos factores de especial relevancia: su habilidad para ejercer una influencia determinante en el proceso de decisiones políticas en su calidad de Comisario del Plan de Desarrollo, que Franco ascendería al rango ministerial en 1965, así como su pericia para tejer una compleja y diversificada red de amigos políticos

---

bien agraviados por las políticas económicas de Caetano, actuaron como resueltos detractores de su gobierno, como el grupo Quina o António Champalimaud.

(LÓPEZ RODÓ, 1990). Dicha red, aunque se adscriba a la tecnocracia, no puede identificarse sin más con los tecnócratas, toda vez que esta denominación fue utilizada para designar a un grupo en el que cohabitaban grupos e individuos con planteamientos e intereses distintos, aunque la opinión pública y los medios de comunicación los englobasen *in totum* bajo una denominación que, por otro lado, se asociaba casi de forma mecánica a la membresía al Opus Dei.

En realidad, pese a que algunos estudiosos señalen que el tecnócrata prototípico era miembro del Opus Dei como resultado lógico de “la mística del profesionalismo”, tan cara a su fundador (CASANOVA, 1983, p. 63), no todos eran socios del instituto secular y “ni siquiera cuando son socios del Opus Dei” (GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1979, p. 299) constituyeron un grupo cohesionado y unido en torno a un mismo objetivo, ya fuera este de política general o circunscrito a las políticas económicas<sup>22</sup>. Por el contrario, mantuvieron fuertes discrepancias y rivalidades que llegaron a materializarse en la configuración de redes propias en abierta competencia y en disputas encarnizadas que López Rodó pudo solventar gracias a su proximidad a Carrero Blanco, afianzando así su posición en el núcleo duro de poder frente a sus adversarios, ya fueran falangistas o miembros del Opus Dei que, como él, ostentaban carteras ministeriales (NAVARRO RUBIO, 1991)<sup>23</sup>.

Caracterización similar puede hacerse extensiva a la red de amigos y colaboradores forjada por López Rodó. No todos ellos eran tecnócratas, ni pertenecían al instituto secular, como tampoco se sentían parte integrante de red alguna, como sostuvo uno de los supuestos integrantes de dicha red, el ingeniero José María López de Letona (BAYOD, 1981). Su composición, de hecho, era sumamente ecléctica y respondía a criterios técnicos, a la capacitación profesional de los seleccionados, más que a motivaciones religiosas o políticas, de manera que entre ellos se encontraban socios del Opus Dei, pero también

<sup>22</sup> “Los dos López (Laureano López Rodó y Gregorio López Bravo, ministro de industria) eran menos liberales y más intervencionistas que (Alberto) Ullastres y Mariano (Navarro Rubio); sus objetivos liberalizadores hubieran hecho peligrar los objetivos de López Rodó” (GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1979, p. 299).

<sup>23</sup> Las discrepancias entre López Rodó y Navarro Rubio, miembro también del Opus Dei, desembocaron en la dimisión de este último como Ministro de Hacienda, aunque no fue aceptada por el general Franco hasta 1965.

miembros de Acción Católica, falangistas, monárquicos, tradicionalistas, liberales y otros que, carentes de filiación alguna, habían llamado la atención del Comisario, luego Ministro-Comisario por sus conocimientos técnicos y competencia en el desempeño de su profesión<sup>24</sup>.

El nicho donde López Rodó halló a buena parte de sus amigos y colaboradores residió, al igual que sucediera en el caso de Caetano, en la universidad, en los cuerpos superiores de la Administración Pública y entre los altos ejecutivos de la empresa privada a los que reclutó directamente, en su calidad de comisario del Plan de Desarrollo o bien por vía interpuesta, a través de recomendaciones hechas por sus amigos<sup>25</sup>. La elaboración de los Planes de Desarrollo, pieza sillar de la planificación económica y, como tal, fuente de poder, constituyó un emplazamiento idóneo para captar y situar a los miembros de su red, pero no constituyó el único. López Rodó no descuidó el nombramiento de sus amigos en puestos institucionales diversos, desde los gobiernos civiles, subsecretarías y direcciones generales de diversos ministerios hasta en las Cortes, donde no pocos de ellos ocuparon escaños de procuradores<sup>26</sup>, y el crucial Consejo del Reino. Igualmente, incidió en el nombramiento de los alcaldes de las principales ciudades o, cuando menos, cuidó la relación con ellos, en particular con el de Barcelona, de donde era natural<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Por citar sólo algunos nombres: Vicente Mortes, ingeniero de caminos y socio del Opus Dei, fue nombrado, a pesar de su pasado falangista, Comisario Adjunto al Plan de Desarrollo en 1965. El economista y liberal Fabián Estapé, introductor de Shumpeter en España, ejerció como Comisario Adjunto al Plan desde 1971. Santiago Udina Martorell, licenciado en Derecho y miembro de Acción Católica, desempeñó la secretaría general de la Comisaria del Plan de Desarrollo entre 1962 y 1965.

<sup>25</sup> López de Letona, que había desarrollado su carrera profesional en la empresa privada, fue recomendado por su compañero de promoción universitaria, Vicente Mortes, a López Rodó, quien lo nombraría subcomisario del Plan de Desarrollo en 1966.

<sup>26</sup> Santiago Galindo, periodista y socio del Opus Dei, fue gobernador civil de la provincia de Tenerife; Juan Alfaro, socio también del Opus Dei, pasó de la jefatura del Gabinete de Estudios para la Reforma Administrativa al gobierno civil de Huelva; José Izquierdo Santonja, opusdeista, fue recomendado por López Rodó al Ministro de Gobernación, general Camilo Alonso Vega, como subdirector general de Seguridad.

<sup>27</sup> La aprobación de la Ley Orgánica del Estado de 1967 otorgó al Consejo del Reino un formidable peso político, dado que a dicho organismo correspondía la elaboración de una terna de nombres de la que el Jefe del Estado designaría al presidente del Consejo de Ministros. No es extraño el interés de López Rodó en situar a uno de sus amigos en el Consejo. El beneficiario fue, en este caso, Manuel Lora Tamayo, miembro de Acción Católica y catedrático de Química Orgánica, que accedió a la institución en 1972, siendo su vicepresidente en 1974. El Ministro-Comisario mantuvo una estrecha relación con José María Porcioles, alcalde de Barcelona entre 1957 y 1973, procurador en Cortes y miembro, al igual que López Rodó, de su Comisión de Leyes

El *cursus honorum* de los amigos del Ministro-Comisario culminó en no pocos casos en su nombramiento como ministros. Tal fue el caso de tres de sus subcomisarios adjuntos (José María López de Letona, Tomás Allende y García Baxter y Vicente Mortes), que pasaron a desempeñar las carteras de Industria, Agricultura y Vivienda en el gobierno de 1969 (BAYOD, 1981)<sup>28</sup>.

Los paralelismos registrados en la configuración de las redes aquí analizadas se extienden a un segundo rasgo de no menor importancia derivado del hecho de que no todos sus integrantes compartían, en todo o en parte, las directrices económicas, planteamientos y objetivos ideológicos y políticos de sus respectivos patronos. Bien al contrario, sostenían ideas propias y expectativas de futuro, no siempre coincidentes entre sí. Públicas fueron, por ejemplo, las disensiones entre el economista Fabián Estapé y López Rodó, que contribuyeron a precipitar la destitución del primero (RODRÍGUEZ, 1971) y, al igual que en Portugal, entre ellos hubo militantes de Acción Popular Nacional, como Pinto Silva, que defendían el carácter centrista del partido y abogaban por una reforma limitada del régimen de la que se excluía un proceso democratizador, pero también hubo quienes confiaban en que, precisamente, la liberalización económica daría paso, de forma gradual y ordenada, al establecimiento de sistemas pluralistas en todo homologables a los de Europa Occidental. Esa esperanza se hallaba fuertemente instalada entre los miembros y colaboradores de la red de Caetano, debido a la aureola reformista, incluso izquierdista, que había rodeado su figura durante el salazarismo. Rogério Martins y João Salgueiro, por ejemplo, así lo manifestaron, al igual que, de forma inequívoca, hicieron algunos diputados del Ala Liberal, como Francisco Sá Carneiro o Joaquim Magalhaes Mota.

De otro lado, las semejanzas coexistieron con divergencias formidables entre las redes española y lusa. La operatividad de la plataforma de apoyo de

---

Fundamentales y Presidencia de Gobierno.

<sup>28</sup> Según dejó escrito en sus *Memorias*, López Rodó comenzó a sugerir a Carrero Blanco nombres de futuros ministros en la remodelación del gobierno de 1957 y ejerció un papel reseñable en la composición de los gabinetes de 1962, 1965 y, especialmente, 1969 (LÓPEZ RODÓ, 1990). En este último Ejecutivo, además de los tres citados, se encontraban otros de sus amigos, como el licenciado en Derecho José Luís Villar Palasí (Educación), el economista Alberto Monreal Luque (Hacienda) o recomendados por él, como el abogado Enrique Fuentes Codina (Comercio) (MIGUEL, 1972).

López Rodó se prolongó durante los largos años 1960, periodo en el que ejerció una todopoderosa influencia tanto en el diseño y la ejecución de las políticas económicas como en el ágora política franquista hasta junio de 1973, fecha en que el Ministro-Comisario pasó a desempeñar la cartera de Asuntos Exteriores en el Ejecutivo. El cambio de ministerio, según afirmó en sus *Memorias*, obedeció a su cansancio y al deseo de afrontar una tarea nueva, las relaciones internacionales, que le resultaba particularmente atractiva, si bien algunos estudiosos estiman como causa probable un cierto distanciamiento de su mentor, Carrero Blanco, por su insistencia en aprobar una ley de asociaciones políticas que facilitara “el contraste de pareceres” en el seno de los principios del régimen (GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, 2016a, p. 18). La permanencia de López Rodó en el Ejecutivo no ha de ocultar que el desempeño de Exteriores comportaba su alejamiento del núcleo duro de poder franquista, alejamiento que, por otro lado, mutaría en postergación política apenas seis meses después, tras el asesinato del Almirante y el acceso al gobierno de sus adversarios.

La funcionalidad de la plataforma de apoyo marcelista fue, pese a su temprana configuración y densidad, menor debido a la inferior capacidad de maniobra política de Caetano dado que, pese al apoyo externo y doméstico que lo avalaba, su nombramiento como jefe de gobierno en 1968 conllevó la forzada admisión de una serie de condiciones impuestas por el Presidente de la República como la continuidad de la política ultramarina del salazarismo y de ministros salazaristas en su primer gobierno. En el mismo sentido, la influencia de sus adversarios, entre los que se encontraba el propio Presidente, le obligó a descartar la designación de algunos de sus amigos para desempeñar carteras ministeriales, como Rogério Martins (Comunicaciones) y, al parecer, el economista Francisco Pereira de Moura (Industria) (*apud* LEITÃO, 2014, p. 448). La eficacia y operatividad de su plataforma de apoyo, por otro lado, se vio obstaculizada por discordancias profundas entre los propios tecnócratas, así como entre estos y el propio Caetano (J. P. NOGUEIRA), de manera que su vida fue de una brevedad tal que ni siquiera se circunscribió a los cinco años de su consulado.

Tras unos meses de expectante entusiasmo, de aires primaverales, a partir del verano de 1971 la red tan afanosamente construida comenzó a resquebrajarse como resultado de la defección de algunos de sus integrantes, caso de Rogério Martins, que en esa fecha solicitó abandonar el gobierno, aunque su cese sólo se anunciaría un año después. La petición de Martins debió mucho a sus abiertas discrepancias con el Ministro de Economía y, más grave aún, a la timidez de las directrices en materia de política industrial del Presidente del Consejo de Ministros. La naturaleza alicorta de sus reformas, acentuada por el retroceso que imprimió a las mismas a partir de 1970, temeroso de la inestabilidad social y política que habían generado, sembró el desengaño entre aquellos que habían depositado en su liderazgo expectativas de un cambio real que Caetano en ningún caso había contemplado. La decepción consiguiente indujo el abandono de otros miembros de la red, como João Salgueiro<sup>29</sup>, así como integrantes de sus círculos de apoyo, como algunos de los diputados del Ala Liberal y de los empresarios amigos, alarmados ante el deterioro del desempeño económico, el creciente malestar social y la incapacidad del gobierno para resolverlos. Fracturada su plataforma de apoyo, atenazado por la soledad, Caetano intensificó su dinámica involucionista y, de aquel binomio con que había sintetizado su programa de gobierno en la primavera de 1969, “Renovación en la Continuidad”, únicamente pervivió la segunda parte.

Tras el 25 de Abril, Caetano marchó al exilio y, con él, muchos de los integrantes de su red, veteranos y también algunos jóvenes, como Joaquim Silva Pinto, aunque luego éste último volvería a Portugal recalando en las filas del partido socialista. Otros volvieron a la actividad privada, como Xavier Pintado, en tanto que un tercer grupo desempeñó un papel de primer orden en la escena política postrevolucionaria, como Francisco Pinto Balsemao, Magalhaes Mota y Francisco Sá Carneiro, fundadores del Partido Popular Democrático al que también se adscribió João Salgueiro.

Caminos similares, salvo en lo relativo al exilio, siguieron los españoles tras la muerte del dictador. López Rodó obtuvo cierto protagonismo como fundador

---

<sup>29</sup> Los jóvenes tecnócratas que habían formado, en calidad de secretarios y subsecretarios de Estado, los equipos económicos de Caetano salieron del gobierno en 1972 tras el cese de João Días Rosas como Ministro de Economía.

de un partido regionalista catalán que acabaría integrándose en una formación política postfranquista, Alianza Popular, y finalizó su carrera política como diputado de este partido en la primera legislatura (1977-1979). Algunos de sus amigos políticos permanecieron activos en la escena política franquista, e incluso escalaron posiciones hasta desempeñar carteras ministeriales en el último gobierno de la dictadura; otros retomaron sus carreras profesionales en tanto que un tercer grupo participó activamente en la transición democrática encuadrados, las más de las veces, dentro del partido de centro-derecha Unión de Centro Democrático.

## Conclusiones

La existencia de redes de poder en las dictaduras ibéricas constituyó un fenómeno imbricado en la cultura clientelar que gobernó la vida política española y portuguesa durante la contemporaneidad. Los regímenes autoritarios no supusieron, en este punto, ruptura alguna con el pasado en la medida que, aunque mermaron, cuando no impidieron, el funcionamiento de las redes forjadas por los notables tradicionales, facilitaron la emergencia de nuevos actores y de nuevas redes como las que se han examinado. Marcello Caetano y Laureano López Rodó, conscientes de la necesidad de contar con plataformas políticas de apoyo para afianzar su posición en la escena política dictatorial y llevar a la práctica sus proyectos de futuro para las mismas, procedieron a configurar una densa y diversificada red de amigos políticos y colaboradores a los que, desde sus respectivas posiciones en el núcleo duro del poder del salazarismo y del franquismo, situaron en puestos clave en las instituciones y en la Administración Pública. Las teorías acerca del crecimiento y desarrollo, en particular la teoría de la modernización, así como la interiorización de los supuestos de la gestión científica de la Administración Pública, sentaron las bases de unos programas que, dotando de eficiencia económica y eficacia social, de insólitas y poderosas fuentes de legitimidad, ambicionaban captar el apoyo y simpatía de las sociedades peninsulares a unos regímenes que grupos sociales relevantes, especialmente los jóvenes universitarios, los llamados a asumir la

dirigencia del país, percibían anclados en un pasado que ya había dejado de existir.

Buena parte de los integrantes de esa red eran, precisamente, jóvenes de acrisolada trayectoria profesional en la gran empresa privada y/o en el aparato administrativo del Estado que, en no pocos casos, habían ampliado estudios en universidades europeas o norteamericanas. Los convocados fueron, por lo general, economistas, ingenieros y licenciados en Derecho no tanto por razones de afinidad religiosa –católica en Portugal, opusdeísta en España–, ideológica o política, cuanto por su condición de expertos capaces de implementar la modernización y racionalización económica y administrativa, núcleos básicos de la reforma limitada que anhelaban Caetano y López Rodó. Los reclutados, ya fueran jóvenes o veteranos, acudieron a la llamada bien porque ambicionaban avanzar en su carrera profesional o bien por su pretensión de iniciarse en la política activa, aunque ello no significa que compartieran, en todo o en parte, los planteamientos y objetivos de sus patrocinadores. En realidad, las respectivas redes se hallaban integradas por individuos con sensibilidades políticas e ideológicas distintas: católicos, liberales, proto-demócratas y tecnócratas en Portugal; tradicionalistas, falangistas, liberales, católicos, progresistas y tecnócratas en el caso de España.

La operatividad de ambas redes resultó desigual debido a que la postergación política de Caetano durante diez largos años conllevó la forzosa discontinuidad de la portuguesa. Su activación, a partir de 1968, vino a coincidir con la etapa más fructífera de la plataforma construida por su amigo español, cuyo ascendiente sobre el *alter ego* de Franco, el almirante Carrero Blanco, le había deparado una rápida y exitosa trayectoria política. Las dos, sin embargo, resultaron fallidas en tanto sus patrocinadores no consiguieron el objetivo apetecido, la preservación de los principios substantivos de los regímenes autoritarios ibéricos, si bien tuvieron efectos positivos en lo relativo a la mejora de las tasas de crecimiento económico, la reforma del aparato administrativo y a la renovación del personal político de las dictaduras. De hecho, no pocos de los colaboradores de Caetano y de López Rodó desarrollaron, aunque fuera como derivación no prevista y menos aún deseada, exitosas trayectorias políticas en

los procesos de cambio político que, mediada la década de 1970, mudaron las dictaduras ibéricas en democracias pluralistas.

## Referências

ALMENAR PALAU, Salvador. La recepción e influencia de Keynes y del keynesianismo en España: Después de la “Teoría General”. *In*: QUINTANA, Enrique Fuentes (coord.). **Economía y economistas españoles**. Barcelona: Círculo de Lectores, 1999. v. 7, p. 409-523.

ARMYTAGE, Walter H. G. **Historia social de la tecnocracia**. Madrid:Península, 1970.

ARON, Raymond. **La démocratie à l’épreuve du XX siècle**. Paris: Calmann-Lévy, 1960.

AZEVEDO, Ana Carina. Reformar a Administração Pública ao sabor das prioridades do Estado Novo. **Portuguese Studies Review**, v. 26, n. 2, p. 177-198, 2018.

BASTIEN, Carlos. A *Revista de Economia* e a introdução do Keynesianismo em Portugal  
**Estudos de Economia**, v. 4, n. 2, p. 163-184, 1984.

BASTIEN, Carlos. A introdução do pensamento económico estruturalista em Portugal (anos 40 e 50). *In*: CARDOSO, J. L.; ALMODOVAR, A. (coord.). **Actas do Encontro Ibérico sobre História do Pensamento Económico**. Lisboa: CISEP, 1992. p. 409-425.

BAYOD, Angel. **Franco visto por sus ministros**. Barcelona: Planeta, 1981.

BELL, Daniel. **El fin de las ideologías**. Madrid: Tecnos, 1964.

CAETANO, Marcello. **Paginas inoportunas**. Lisboa: Bertrand, 1959.

CAETANO, Marcello. **Minhas memórias de Salazar**. 2. ed. Lisboa: Verbo, 1977.

CASANOVA, José. **The Opus Dei ethic and the modernization of Spain**. Ann Arbor, MI: University of Michigan, 1983.

CASTILHO, José Manuel Tavares. **Marcello Caetano**. Uma biografia política. Coimbra: Almedina, 2010.

FERNANDES, Filipe S. **Os empresarios de Marcello Caetano**. Alfragide: Casa das Letras, 2018.

FERNANDES, Tiago. **Nem ditadura, nem revolução.** A ala liberal e o Marcelismo (1968-1974). Lisboa: Dom Quixote, 2006.

GARCÍA-PELAYO, Manuel. **Burocracia y tecnocracia.** Madrid: Alianza, 1974.

GIMÉNEZ MELLADO, José. Intervención del Estado en la vida económica. *In*: [S. M.]. **La economía y el hombre.** Anales de moral social y económica. Madrid: Centro de Estudios Sociales de Valle de los Caídos, 1963. v. 2, p. 3-35.

GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, Ángeles. Los proyectos de renovación autoritaria, tecnocrática, en tiempos de dictadura tardía: Marcello Caetano y Laureano López Rodó. **Historia del Presente**, v. 28, n. 2, p. 8-20, 2016a.

GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, Ángeles. La otra modernización. Tecnocracia y mentalidad de desarrollo en la península ibérica (1959-1974). **Historia y Política**, n. 35, p. 313-339, 2016b.

GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, Ángeles. Tecnocracia y desarrollismo en la península ibérica (1959-1974). *In*: FIGALLO, Beatriz (coord.). **Desarrollismo, franquismo y neohispanidad.** Historias conectadas entre España, América Latina y Argentina. Buenos Aires: Teseo/CONICET, 2018. p. 237-262.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Manuel Jesús. **La economía política del Franquismo: dirigismo, mercado y planificación.** Madrid: Tecnos, 1979.

JIMÉNEZ BLANCO, José. Introducción a una socio-economía del desarrollo en España. **Boletín de Estudios Económicos**, v. 17, n. 57, p. 599-624, 1962.

LEITÃO, Luís Menezes. **Marcello Caetano.** Um destino. Lisboa: Quetzal, 2014.

LEWIS, William Arthur. **Teoría del desarrollo económico.** México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1958.

LIPSET, Seymour M. **Political man.** The social bases of politics. New York: Doubleday, 1960.

LÓPEZ RODÓ, Laureano. **Memorias.** Barcelona: Plaza & Janés, 1990.

MARTÍN GARCÍA, Oscar. Una utopía secular. La teoría de la modernización y la política exterior estadounidense en la Guerra Fría. **Historia y Política**, n. 34, p. 27-52, 2015.

MENDES, Pedro, A questão europeia no Marcelismo: o debate geracional. **População e Sociedade**, v. 21, p. 107-121, 2013.

MEYNAUD, Jean. Les techniciens et le pouvoir. **Revue Française de Science Politique**, n. 7, p. 5-37, 1957.

MEYNAUD, Jean. **Problemas ideológicos del siglo XX**. El destino de las ideologías y tecnocracia y política. Barcelona: Ariel, 1964.

MIGUEL, Amando de. **Sociología del Franquismo**. Barcelona: Euros, 1972.

MOURA, Francisco Pereira de; PINTO, Luis M. Teixeira. **Problemas do crescimento económico português**. Lisboa: AIP, 1958.

NAVARRO RUBIO, Mariano. **Mis memorias**. Barcelona: Plaza & Janés, 1991.

NOGUEIRA, Alberto Franco. **Salazar**. O ataque (1945-1958). Coimbra: Atlântida, 1980. v. 4.

NOGUEIRA, Jaime Pinto. **Fim do Estado Novo** e as origens do 25 de Abril. Lisboa: Difel, 1999.

NUNES, Adérito Sedas. Perspectiva socio-cultural do desenvolvimento económico. **Análise Social**, v. 1, n. 3, p. 375, 1963.

NUNES, Adérito Sedas. Portugal, sociedade dualista em evolução. **Análise Social**, v. 2, n. 7-8, p. 407-462, 1964.

PÁNIKER, Salvador. **Segunda memoria**. Barcelona: Seix Barral, 1988.

PASSOS, Marcelino L. Resistências e desfasamentos num processo de modernização e desenvolvimento. Os reformadores no governo de Marcello Caetano. **Sociologia. Problemas e práticas**, n 10, p. 21-42, 1991.

PINTO, Luis M. Teixeira. **Alguns aspectos da teoria do crescimento económico**. Lisboa: Imperio, 1956.

REBELO DE SOUSA, Marcelo. **Baltazar Rebelo de Sousa**. Lisboa: Bertrand, 1999.

RODRÍGUEZ, Pedro. **A tumba abierta**. Madrid: PPC, 1971.

ROMERO, Emilio. Prólogo. *In*: ROMERO, Emilio. **Los 90 ministros de Franco**. Barcelona: Dopesa, 1970. p. 7-24.

ROSAS, Fernando. O Marcelismo ou a falência da política de transição no Estado Novo. *In*: BRITO, José Maria Brandão (coord.). **Do Marcelismo ao Fim do Império**. Lisboa: Notícias, 1999. p. 15-59.

**Información Comercial Española**, ICE: Revista de Economía, Madrid, n 319, 1960, p. 91-94 y "Rostow ROSTOW, Walt. W. Rostow replica a Peter Wiles", **Información Comercial Española**, ICE: Revista de Economía, Madrid, n 319, 1960, p., p. 97-98.

ROSTOW, Walt. W. Rostow replica a Peter Wiles. **Información Comercial Española**, ICE: Revista de Economía, Madrid, n 319, 1960, p. 97-98.

Los tecnócratas y la forja de redes tecnocráticas (o no) en las dictaduras ibéricas  
*Ángeles González-Fernández*

SESMA LANDRÍN, Nicolás. **Camino a la institucionalización**. La pugna entre Falange y los sectores tecnócratas en torno al proceso de reforma administrativa de finales de los años cincuenta. 2009. Disponible en: <https://www.ucm.es/data/cont/docs/297-2013-07-29-2-09.pdf>. Accedido: 18 Abr. 2022.

SOARES, Manuela Goucha. **Marcelo Caetano, o homem que perdeu a fé**. A biografia completa. Lisboa: Esfera dos Livros, 2009.

TUSELL, Javier; GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva. **Carrero, la eminencia gris del régimen de Franco**. Madrid: Temas de Hoy, 1993.

VELARDE FUERTES, Juan. Algunos problemas de estructura y desarrollo de la economía española. **Revista de Economía Política**, n. 30, p. 5-56, 1962.

VIEGAS, José Manuel Leite. **Nacionalizações e privatizações: elites e cultura política na história recente de Portugal**. Oeiras: Celta, 1996.

VILAR, Pierre. **Crecimiento y desarrollo**. Economía e historia, reflexiones sobre el caso español. Barcelona: Ariel, 1964.

VILLALBA, Miguel B. **Política y administración bajo el franquismo: la reforma administrativa y los planes de desarrollo**. Madrid: Centro de Estudios Sociales Avanzados, 1994. (Estudios/Working Papers n. 53).

VIÑAS MEY, Carmelo. La estructura dualística de España y sus posibilidades de reforma. *In*: [S. N.]. **La economía y el hombre**. Anales de moral social y económica. Madrid: Centro de Estudios Sociales de Valle de los Caídos, 1963. v. 2, p.110-158.

WILES, Peter. Peter Wiles responde a Rostow, **Información Comercial Española**, ICE: Revista de Economía, Madrid, n 319, 1960, p. 91-94.